

Los seres huecos

Guillermo del Toro y Chuck Hogan

LOS SERES HUECOS LAS CINTAS DE BLACKWOOD VOL. 1

Traducido del inglés por Daniela Rico Straffon
y revisado por Alberto Chimal

Título original: *The Hollow Ones. The Blackwood Tapes Vol. I*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Copyright © 2020 by Guillermo del Toro and Chuck Hogan

Cover design by Will Staehle. Cover copyright © 2020

by Hachette Book Group, Inc.

© de la traducción: Daniela Rico Straffon, 2020

© Grupo Editorial Patria, S.A. de C.V.

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

Revisión literaria: Alberto Chimal

D.R. y © MMXX G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Alcaldía Azcapotzalco,

02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional

de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-550-603-6

PRIMERA EDICIÓN, noviembre de 2020

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

CH:

Para Richard Abate

GDT:

Para Algernon Blackwood, Lord Dunsany y Arthur Machen

Los lectores atentos quizá reconocerán en el nombre de nuestro personaje principal un homenaje a uno de nuestros autores más admirados, el iniciador del subgénero del investigador de lo oculto, Algernon Blackwood. Si bien algunos ritos religiosos se adornaron aquí para efectos dramáticos, ningún falseo de los hechos es intencional. Sin embargo, nos gustaría mencionar que el robo de tumbas en Nueva Jersey con fines ocultistas por ningún motivo es ficción o un hecho del pasado. Está sucediendo. Ahora mismo.

Los seres huecos

PRELUDIO: El buzón

En el distrito financiero de Manhattan, específicamente entre los números 13 y 15 de Stone Street, existe una propiedad que asemeja a una astilla sumergida entre dos edificios, y que lleva oficialmente el número 13½.

De poco más de un metro de ancho, construida con piedra colonial que llena el espacio entre los dos edificios, erguida hasta una altura de 10 metros, esta propiedad parece no tener ningún otro propósito que sostener un buzón eduardiano de hierro fundido común y corriente.

El Buzón no tiene adornos y su única característica distintiva es una gran ranura para sobres. En él no hay ninguna puerta o llave para retirar el correo una vez que es depositado.

Detrás del Buzón hay una sólida cuña de piedra y mortero.

Las escrituras de este minúsculo misterio urbano datan de los tiempos de la colonia holandesa, y los impuestos que genera los ha pagado puntualmente la firma Lusk y Jarndyce desde 1822. Antes de eso, los registros de la propiedad existen sólo como referencia, pero su condición legal es impecable.

La mención más antigua del Buzón de la que se tiene registro se remonta en efecto a un panfleto publicado en la que entonces se conocía como Nueva Ámsterdam: *La narración más completa de las vicisitudes de Jan Katadreuffe y su Elevación Final y Virtuosa al Reino de Nuestro Señor.*

En dicho panfleto, publicado por Long y Blackwood (1763, Folio, cuatro páginas), un adinerado comerciante de especias hace un trato con un demonio para asegurar la llegada de sus barcos y cargamento.

Los barcos llegan, pero a partir de ese momento, un espíritu oscuro corre desenfrenado y tortura al comerciante cada anochecer, mordiéndolo salvajemente, rasguñando su espalda y montando su cuerpo como un jinete mientras la pobre alma grita con humillada miseria y comete actos pecaminosos y de extrema violencia.

En medio del drama, un seglar da una posible solución a un sacerdote en un intento por ayudarlo:

—... *En High Street a la caja de hierro ve a dejarle tus penas. Una carta, de Blackwood el sello. Dos semanas de espera...*

El sacerdote alaba al Señor y a los sacramentos como la única solución posible. Katadreuffe paga por una letanía de misas y es liberado de su tormento sólo unas horas antes de fallecer purificado.

Una pequeña y modesta tumba conmemora la muerte de Katadreuffe. A un costado de la iglesia de la Trinidad, sobre Rector Street, se puede leer la lápida:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE JAN KATADREUFFE, DIFUNTO
COMERCIANTE DE ESPECIAS Y MADERAS, QUIEN DEJÓ ESTA VIDA EL
16 DE OCTUBRE DE 1709 A LA EDAD DE 42 AÑOS. MIRAD Y
CONTEMPLAD, VOS QUE PASÁIS. COMO SOIS AHORA, ASÍ UNA VEZ
FUI. COMO SOY AHORA, PRONTO SERÉIS. PREPARAOS PARA LA
MUERTE Y SEGUIDME...

Al paso de los siglos, el número 13½ de Stone Street ha resistido muchos litigios: de zonificación, empresariales y otros. Cada una de estas batallas legales se ganó a un alto costo. Y es así como el Buzón sigue en pie: un misterio que se erige a plena luz. La mayor parte de la gente pasa junto a él sin siquiera verlo de reojo.

Hace una década, una gran compañía de seguros al otro lado de la calle instaló tres cámaras de seguridad. Cualquier observador

dedicado podría atestiguar que, pese a que llegan algunas cartas al Buzón —aproximadamente una cada tres semanas— nadie las recoge ni el Buzón se desborda nunca.

De este pequeño misterio, una cosa se ha corroborado una y otra vez a lo largo de las décadas. Cada carta que llega al Buzón es urgente, un pedido de ayuda desesperado, y cada sobre lleva el mismo nombre:

Sr. Hugo Blackwood.

2020. Newark, Nueva Jersey

Odesa soltó su menú y buscó alrededor del Soup Spoon Café la lista de las especialidades. La encontró en un pizarrón blanco cerca de la recepción, escrita en letra de molde con plumón rojo. Algo en las letras desencadenó un recuerdo largamente olvidado de sus días en la Academia del FBI en Quantico, Virginia.

Un profesor en Ciencias de la Conducta escribió las definiciones de homicidio con un plumón seco y chillante en un pizarrón al frente del auditorio.

El profesor explicaba que la forma de diferenciarlos no tiene nada que ver con los homicidios en sí en cuanto a severidad, método o manera, sino al periodo de “enfriamiento” que pasa entre un evento y el siguiente.

El sello distintivo del asesino serial es su ciclo: pueden pasar semanas, meses o incluso años entre homicidios.

El asesino en masa mata en un mismo lugar, dentro de un marco temporal definido, a un mínimo de cuatro personas en rápida sucesión con poco o ningún tiempo intermedio.

El asesino itinerante mata en distintos escenarios, comúnmente durante un breve intervalo de tiempo, que puede durar desde una hora hasta varios días o semanas. El asesino relámpago está estrechamente relacionado con el itinerante: se trata de una persona que asesina a múltiples víctimas en un solo evento homicida.

Las dos últimas clasificaciones podían superponerse. Un caso que precisamente fue muy difícil de clasificar, e incluso llegó a considerarse como el primer asesinato relámpago de los Estados Unidos, había ocurrido tan sólo a unos 120 kilómetros al sur del café en el cual Odessa se encontraba ahora.

El 6 de septiembre de 1949, Howard Unruh, un veterano de la Segunda Guerra Mundial de veintiocho años, salió de la casa de su madre en Camden, Nueva Jersey, vestido con su mejor traje y una corbata de moño rayada. Había discutido con su madre durante el desayuno, lo que había impulsado a la mujer a dirigirse apresurada a casa de un vecino, exclamando frenéticamente que temía que algo terrible estuviera a punto de suceder.

Unruh caminó hacia el pueblo armado con una pistola Luger alemana con treinta cartuchos de 9 milímetros. Disparó y mató a trece personas en un intervalo de doce minutos, y dejó heridas a otras tres. Las escenas del crimen incluían una barbería, una farmacia y una sastrería. Aunque se comprobó que el deseo de matar fue premeditado —después se revelaría que Unruh llevaba un diario con una lista de enemigos—, sus víctimas fueron una mezcla de blancos premeditados y personas que tuvieron la mala suerte de cruzarse en su camino en esa mañana clara de martes. Todas las víctimas y testigos describieron por igual la mirada de Howard como aturdida, en estado de trance.

Para cualquiera aparte de un profesional del orden público, la clasificación del crimen no es muy relevante. El único hecho realmente importante es que, por más de sesenta años, el tiroteo de Unruh se consideró el peor asesinato relámpago de Nueva Jersey.

Claro, hasta la noche en la que Walt Leppo ordenó pastel de carne.

—¿Lo acaban de cocinar? —preguntó Walt a la joven mesera cuando regresó del baño de caballeros.

—Por supuesto —respondió.

—¿Entonces, me harías un favor? —dijo—. ¿Podrías asomarte a la cocina y ver si de casualidad quedan uno o dos pedazos de la hora del almuerzo? De preferencia que se hayan quedado bajo el calor de una lámpara por un par de horas. Muy secos, con las esquinas tostadas.

La mesera le sostuvo la mirada por unos instantes, como si no estuviera segura de si le estaban jugando una broma o no. Probablemente estudiaba en una de las escuelas de leyes a los alrededores. Odessa había salido adelante durante el tercer año de la carrera de derecho en Boston trabajando como mesera, y recordaba agudamente el sentimiento de incomodidad cuando ciertos clientes masculinos le hacían solicitudes de comida vagamente perturbadoras, casi fetichistas. Usualmente eran los solitarios, hombres que, sospechaba ella, hubieran deseado poder ordenar mujeres del menú, en lugar de sólo comida.

La mesera miró a Odessa de reojo. Estaba sentada frente a Leppo. Odessa le ofreció una sonrisa de aliento, con la esperanza de tranquilizar a la joven.

—Déjeme revisar —dijo.

—Gracias — dijo Leppo, cerrando el menú y entregándolo a la mesera—. Por cierto, prefiero las orillas.

Se fue con la comanda. Walt agregó a Odessa:

—A las orillas les decíamos talones.

Odessa asintió, como si estuviera fascinada. Luego dijo para molestarlo:

—Asesino serial.

Walt encogió los hombros.

—¿Porque me gusta el pastel de carne tal como lo hacía mi mamá?

—Oh, Dios, además una fijación oral.

—¿Sabes algo, Dessa? Te tengo noticias: todo puede ser sexualizado. Todo. Parece ser que incluso un pastel de carne.

—Apuesto que también te gusta tu pan bien quemado.

—Como un pedazo de carbón. ¿Pero qué no te llegaron las reglas del FBI sobre cómo los novatos no tienen derecho a perfilar a los agentes veteranos?

Ambos voltearon cuando las primeras gotas de lluvia comenzaron a golpear suavemente el otro lado de la ventana panorámica al frente del Soup Spoon Café.

—Lo que nos faltaba— dijo Leppo.

Odessa revisó su teléfono. El radar de la aplicación del clima mostraba una masa de precipitación en tonos jade y menta acercándose a Newark como una nube de gas tóxico. Volteó su teléfono para que Leppo pudiera ver. Para su suerte, había dejado su paraguas junto a una escopeta Remington 870 calibre 12 en la cajuela de su auto, estacionado en la calle a media cuadra.

—Lluvia de Jersey —dijo Leppo, desdoblando su servilleta—. Es como intentar bañar a un perro; todo se moja, nada se limpia.

Odessa sonrió ante ese nuevo *leppoismo*, mirando hacia afuera mientras más gotas bombardeaban la ventana. Las pocas personas que había afuera se movían con más rapidez, embargadas por un borroso sentido de urgencia.

Todo comenzaba a acelerarse.

En el mismo momento en que Leppo ordenaba el pastel de carne (las cronologías lo revelarían más tarde), a unos 20 kilómetros al sur de Newark, Evan Aronson estaba al teléfono, en espera para hablar con su compañía de seguros, mientras escuchaba rock suave de 1970. Llamaba para reclamar por un cargo no reconocido en una visita reciente a la sala de emergencias. Unas semanas antes, en su reunión de 10 años desde su graduación de Rutgers, Evan se había desgarrado el bíceps izquierdo cuando participaba en la recreación del tradicional salto al baño portátil de su fraternidad, al intentar atrapar a su antiguo compañero, Brad “Boomer” Bordonsky, a pesar de que Boomer había subido 15 kilos desde la graduación.

Mientras escuchaba otro de los grandes éxitos de Styx, Evan levantó la vista de su escritorio en la oficina de Aerolíneas Charter en el Aeropuerto Teterboro y observó cómo un Beechcraft Baron G58 último modelo salía carreteando de un hangar privado cercano. El piloto, alto y de unos cincuenta años, salió de la cabina del avión con pistón bimotor de un millón de dólares. El hombre vestía pantalones de pista grises, una sudadera de manga larga y sandalias. Volvió a desaparecer dentro del hangar, dejando los motores del avión funcionando. Un asistente intercambió algunas palabras con el hombre y después se apartó.

Momentos después, el piloto regresó con una llave inglesa muy grande.

Los pilotos, y en especial los pilotos que son dueños, nunca reparan sus propias aeronaves. Sobre todo, con los bimotores de trescientos caballos de fuerza encendidos y los propulsores rotando más rápido de lo que puede observar el ojo humano. Evan se levantó de su silla para tener una mejor vista del piloto, parado con su brazo izquierdo en un cabestrillo y su brazo derecho sosteniendo el auricular conectado con un cable a la base en su escritorio, siguiendo las recomendaciones de radiofrecuencia del aeropuerto.

Evan escuchó un estallido y un crujido simultáneamente por debajo del zumbido de la turbina.

Lo escuchó de nuevo. Ahora no podía ver al piloto, quien parecía estar trabajando detrás del fuselaje del Beechcraft. El hombre alto apareció junto al ala más cercana; Evan lo observó mientras blandía la gran llave inglesa contra la luz de navegación en el ala, haciendo estallar el sello con el impacto y destruyendo la carcasa de plástico, trozos de la cual cayeron al asfalto mientras la bombilla se apagaba.

Evan jadeó audiblemente: así de obsceno era ese acto de violencia contra un avión que costaba millones de dólares. Estiró el cable del teléfono hasta el máximo; la suave balada “Lady” daba un contrapunto extraño a la imagen del dueño de un avión vandalizando su propiedad.

La gente cuidaba estos *jets* privados de lujo como si fueran mascotas mimadas, o bien les daban mantenimiento riguroso como a autos de carrera. Lo que este hombre estaba haciendo era equivalente a sacarle los ojos con un desarmador a un caballo campeón de carreras.

Evan decidió que indudablemente no podía tratarse del dueño. Alguien estaba causando daños por miles de dólares a aquella aeronave..., o quizá la estaba robando.

—Sr. Aronson, tengo su expediente frente a mí... —dijo la voz del representante del seguro, pero Evan tuvo que soltar el auricular, dejando que golpeaba contra el piso mientras el cable perdía tensión y se contraía hacia el escritorio. Salió corriendo por la puerta de la oficina directo hacia las afiladas gotas de lluvia fría, mirando a la izquierda y la derecha, con la esperanza de que alguien más estuviera viendo lo mismo que él y pudiera ayudarlo.

El hombre alto terminó con la última bombilla. Ahora la aeronave estaba envuelta en sombras. Una pequeña lámpara de emergencia servía como luz de fondo para la escena.

—¡Ey! —gritó Evan, agitando su brazo bueno. Trotó para acercarse más a la escena mientras gritaba «¡Ey!» un par de veces más. Se dirigía al hombre alto, pero también exclamaba en otras direcciones esperando llamar la atención de alguien que tuviera el uso de ambos brazos.

Un asistente de hangar se acercó al piloto, intentando detenerlo. Tres golpes de llave fulminantes se hundieron en su cabeza. El ataque sólo duró unos segundos. El asistente se derrumbó al suelo sacudido por los espasmos de la muerte.

El piloto se agachó y se puso a golpear en el resto del cráneo, como un hombre de las cavernas terminando con su presa.

Evan se quedó estático. Su mente no podía procesar un terror tan violento.

El piloto arrojó a un lado la llave, que cayó con un fuerte golpe metálico, y caminó peligrosamente cerca de la hélice izquierda,

rodeándola, subiendo al ala, instalándose en la cabina de cristal. El avión se sacudió hacia adelante y comenzó a avanzar.

La única luz en el avión era la de la aviónica de la cabina, una pantalla LCD Garmin G1000 color verde azulado. Evan pensó que iluminaba la cara del piloto haciéndolo parecer un alienígena.

Estaba paralizado por la mirada muerta en los ojos del hombre.

Éste se estiró mecánicamente para alcanzar algo en la cabina que Evan no alcanzó a ver. De pronto, una explosión de ruido y flamas quebró la ventanilla del lado derecho. Ráfagas de rifle semiautomático AK-47 penetraron en el cuerpo de Evan como clavos calientes, haciéndolo doblar las rodillas. Su cuerpo se desplomó y su cabeza se estrelló en el asfalto, dejándolo inconsciente al instante.

Mientras el Beechcraft oscurecido giraba hacia la pista, Evan se desangró pacíficamente hasta morir.

Odessa pidió la ensalada de carne, sin cebolla porque no quería tener el sabor en la boca toda la noche. Pidió café pues estaba a la mitad de su turno y eso es lo que beben los agentes del FBI.

—¿Sabías —dijo Leppo cuando se fue la mesera— que hay más restos de materia fecal humana en los menús que en ningún otro lugar en un restaurante?

Odessa sacó un tubito con gel antibacterial de su bolsa y lo puso en la mesa como su estuviera atacando en un tablero de ajedrez.

Le caía bien a Leppo, se notaba. Él tenía una hija adulta que proyectaba en Odessa, así que la entendía, le gustaba protegerla. No había parejas asignadas en el FBI, pero él quería enseñarle los pormenores, la “forma correcta” de hacer las cosas. Y ella quería aprender.

—Mi papá vendió suministros de cocina por toda la ciudad de Nueva York durante treinta años hasta que su corazón no pudo más —dijo Leppo—. Y, probablemente esta es la lección más importante que puedo enseñarte como agente de tercer año, él siempre decía que el distintivo de un restaurante limpio son los baños. Si son higiénicos,

ordenados y tienen buen mantenimiento, puedes contar con que el área de comida también es segura. ¿Sabes por qué?

Podría haber adivinado, pero era mejor dejarlo dar cátedra.

—Porque los mismos inmigrantes chilenos o salvadoreños mal pagados que limpian los baños, también limpian la cocina. Toda la industria del servicio de comidas, e incluso podrías decir que la civilización entera, se basa en el desempeño de esos trabajadores en la primera línea.

—Los inmigrantes hacen bien su trabajo— dijo Odessa.

—Son héroes —añadió Leppo, haciendo un brindis con su taza de café—. Ahora, si tan sólo pudieran hacer un mejor trabajo limpiando los menús...

Odessa sonrió, luego identificó el sabor de la cebolla en su ensalada e hizo una mueca de decepción.

La primera llamada de emergencia vino de Teterboro, alertando que un *jet* privado había despegado sin autorización de la torre de control. La aeronave había virado hacia el este, sobrevolando Moonachie a través de la Interestatal 95 hacia el río Hudson. Se suponía que la aeronave había sido robada y volaba con un patrón errático, elevándose y descendiendo algunos miles de pies de altura, y en ocasiones desapareciendo por debajo del rango del radar.

Las autoridades portuarias de Nueva York y Nueva Jersey emitieron una alerta de emergencia. Siguiendo el reglamento de la Administración Federal de Aviación, cerraron Teterboro, suspendieron todos los vuelos y redirigieron el tráfico de llegada al Aeropuerto Municipal de Linden, un pequeño aeródromo al sur de Nueva Jersey usado principalmente para vuelos turísticos y de helicópteros.

La primera llamada ciudadana al 911 la realizó el operador de un remolcador en el río Hudson, a menos de kilómetro y medio del puente George Washington. Aseguraba que un avión sin luces había pasado volando muy bajo entre el remolcador y el río, haciendo “sonidos de explosión” bajo la lluvia. El operador dijo que sonaba

como si el piloto estuviera lanzando petardos hacia su bote, y que temía que fuera el inicio de “otro 11 de septiembre”.

La segunda llamada al 911 vino de un ejecutivo de moda que manejaba hacia su casa en Fort Lee por el puente George Washington, quien reportó haber visto un dron gigante que se dirigía hacia Upper West Side de Manhattan.

Luego hubo un torbellino de llamadas de emergencia de residentes de Manhattan, quienes declaraban que un avión había hecho vibrar su departamento o lugar de trabajo. Se vio al avión sobre Central Park, dirigiéndose hacia el sur por Fifth Avenue, aunque el avión era difícilmente identificable porque volaba sin luz. El patrón de las llamadas trazó la ruta del vuelo cortando diagonalmente por Lower Manhattan sobre Greenwich Village, y después de regreso hacia el Hudson.

El ferry de Staten Island navegaba frente a la Estatua de la Libertad cuando el Beechcraft se abalanzó sobre su popa. Las únicas luces visibles eran los estallidos de llama saliendo del cañón del rifle automático que disparaba desde el lado derecho de la cabina. Las ráfagas se incrustaron en el casco anaranjado del ferry *MV Andrew J. Barberi* y algunas quebraron ventanas del área para pasajeros. Dos pasajeros resultaron heridos directamente por las balas, ninguno de gravedad. En cambio, diecisiete pasajeros resultaron más gravemente heridos a causa del pánico que se produjo, razón por la que el ferry se dio vuelta y regresó a la terminal de Lower Manhattan.

Más tarde se encontraron tres agujeros de bala en la cubierta de cobre de la corona y la antorcha de la Estatua de la Libertad, pero no se reportaron heridos en ese punto.

El Beechcraft hizo un giro pronunciado al oeste, de regreso al espacio aéreo de Nueva Jersey. Fue visto sobre Elizabeth en camino hacia Newark, la ciudad más poblada de Nueva Jersey, atravesando la lluvia nocturna.

El Aeropuerto Internacional Liberty de Newark estaba cerrado y el tráfico aéreo, desviado.

Se levantaron reportes de un segundo avión al sur de Nueva Jersey, pero luego se comprobó que se trataba del mismo.

La altitud del avión llegó a bajar hasta los cien pies. Un pasajero de autobús con vista de águila en una sección brillante de la autopista de Jersey anotó un número que identificó en el fuselaje del avión y lo envió por mensaje a la policía estatal.

Dos aviones de combate F-15 fueron enviados desde la Base Aérea Otis de la Guardia Nacional en Cape Cod, mismos que volaron hacia Manhattan a velocidad supersónica.

Las sirenas de policía perforaban la noche en el área metropolitana de Newark. Las patrullas se apresuraban para no perder de vista al avión, pero el despliegue municipal por tierra fue completamente ineficiente. En cuestión de minutos, el avión fue visto sobre el paso elevado Pulaski, luego Weequahic, después Newark Bay y el estadio MetLife en Meadowlands.

—¿Cómo está el pastel de carne? —preguntó Odessa.

—Buenísimo —respondió Leppo con la boca llena.

Odessa movió la cabeza de un lado a otro y después llamó la atención de la mesera sacudiendo su taza vacía. Iba a necesitar la cafeína. Estaban trabajando en el caso de corrupción de Cary Peters, el antiguo jefe de gabinete adjunto del gobernador de Nueva Jersey atrapado en un escándalo cada vez más grande. Peters había renunciado hacía tres meses en lo que ahora parecía un intento por sofocar la investigación y evitar que llegara hasta la oficina del gobernador. La parte activa de este caso se había calmado sólo recientemente. El escándalo resultante sacudía la vida personal y profesional de Peters: hacerte un reembolso por \$1 700 dólares del fondo de campaña de tu jefe por una noche en Scores, un club de caballeros, puede tener este efecto. Recibir un balazo por el gobernador había tenido un costo demasiado alto. Los noticieros televisivos y reporteros de los periódicos amarillistas se arremolinaban alrededor de su vida, así como de la de su esposa y su familia, mientras atravesaban una horri-

ble ruptura. Las cosas llegaron a tal punto que la ciudad de Montclair, donde vivían, colocó zonas de no estacionarse afuera de su casa, siguiendo el consejo del departamento de policía para mantener lejos a la prensa insistente. Desde entonces, Peters caía en picada; su desgracia incluía un citatorio por manejar intoxicado a principios de mes. Un sitio web de noticias mantenía una cuenta regresiva en su página principal estimando el número de días hasta que Peters, en aquel escándalo cada vez más amplio, se quebrara, admitiendo que la culpa era del gobernador, y llegara a un acuerdo con los fiscales para salvar su propio pellejo.

Para el FBI, y específicamente para Leppo y Odessa, la investigación había entrado a la fase de papeleo. El cuartel general del FBI en la Torre Claremont trabajaba las 24 horas gracias a los documentos recientemente publicados por la Cámara Estatal y el comité de campaña del gobernador. Odessa y Leppo habían pasado cada una de las cuatro noches anteriores leyendo correos electrónicos, acuerdos contractuales de empleados y reportes de gastos. La mayor parte del trabajo de investigación en la era digital involucra análisis forense computacional y la decodificación de la voluminosa huella digital que todos vamos dejando.

Esta es la razón por la cual al FBI le gusta contratar abogados.

La cena en ese dudoso merendero en una sección deteriorada de una de las ciudades más peligrosas de Estados Unidos era el único respiro de Odessa en medio de la revisión nocturna de documentos. Con esto en mente, podría haber escuchado a Leppo hablar con la boca llena toda la noche.

Sus teléfonos, que tenían la pantalla puesta contra la mesa, comenzaron a vibrar al mismo tiempo. Rápidamente los revisaron, sabiendo que cuando los llamaban al mismo tiempo nunca se trataba de buenas noticias.

Sorpresivamente no era un mensaje de trabajo, sino una alerta de noticias del *New York Times*. Un avión secuestrado en Teterboro había remecido a Manhattan con reportes no confirmados de dispa-

ros de un arma automática procedentes de la cabina. Las actualizaciones en vivo se desplegaban debajo del encabezado. Aparentemente, la aeronave había cruzado el río Hudson y su avistamiento más reciente había sido cerca de Newark.

—Mierda —dijo Leppo. Se metió un pedazo enorme de pastel de carne a la boca mientras sacaba la servilleta de su regazo. Odessa sabía que su café iba a tener que esperar. Siempre era preferible empezar a moverse en lugar de esperar el llamado. Odessa pasó rápidamente al baño de mujeres, como la experiencia le había enseñado, mientras Leppo se dirigió a la caja con su tarjeta de crédito.

Leppo ya estaba afuera, bajo la lluvia, cubriéndose la cabeza con una revista de bienes raíces gratuita, cuando Odessa salió por la puerta. Cruzaron la calle en un semáforo bajo la lluvia helada, bordeando un charco de alcantarilla y caminando en dirección al norte hacia su Chevy Impala plateado sin insignias.

Con la lluvia cayendo y las llantas de los autos batiéndose sobre el asfalto mojado, Odessa no escuchó el sonido del bimotor hasta que estuvo casi encima de su cabeza. El oscuro avión cortaba la lluvia espesa, con sus alas levemente inclinadas, y la base del fuselaje pasó a no más de setenta metros por encima de ellos.

Estaba ahí, y después ya no. Era inconcebible.

—Dios mío —dijo Leppo.

Odessa se detuvo tan de improviso que Leppo chocó con su espalda.

Las sirenas reemplazaron el rugido de los motores del avión que se alejaba. Una patrulla pasó ruidosamente al lado de ellos en el cruce, al mismo tiempo que Odessa se deslizaba hacia el asiento del conductor en el Impala.

Leppo ya estaba hablando por teléfono con alguien en Claremont. Los seis últimos pisos de la Torre Claremont tenían vista hacia Newark desde la orilla del estrecho y marrón río Passaic.

—¿A dónde? —preguntó Odessa, viendo cómo más luces azules se abrían paso entre la lluvia.

—No te molestes en tratar de seguirlo —dijo Leppo, apuntado hacia la izquierda en el crucero. Entonces irían de vuelta a Claremont.

Leppo conectó el audio del teléfono al automóvil a través del Bluetooth del tablero.

—Davey, estábamos cenando, acabamos de verlo, ¿de qué se trata?

—Ataque terrorista —dijo Davey—. Mandaron *jets* desde Otis.

—La base aérea Otis —dijo Leppo, incrédulo—. ¿Para hacer qué? ¿Derribarlo sobre Hoboken?

—Si es necesario. Ha estado yendo y viniendo sobre el Hudson, haciendo acrobacias, volando muy bajo, disparando a la ciudad.

—Dime lo que sabes de “él”.

Odessa se hizo a un lado para dejar pasar a otra patrulla que pasó volando en dirección contraria a donde ellos se dirigían.

—El avión está a nombre del CEO de la corporación Stow-Away, que es una compañía de renta de bodegas, esos grandes edificios color naranja que parecen cajas. Pero se sospecha que fue robado. Tenemos un muerto en Teterboro, un trabajador del aeropuerto. Dame un segundo, Walt.

El audio se hizo sordo pues Davey colocó su mano sobre el micrófono mientras hablaba con otro agente. Odessa y Leppo intercambiaron miradas.

—Stow-Away —dijo Odessa, sintiendo un oscuro golpe en el pecho.

—Eso no está nada bien —dijo Leppo.

El CEO de Stow-Away era un hombre llamado Isaac Meerson, uno de los principales donantes del Partido Republicano de Nueva Jersey y un amigo cercano del gobernador de Nueva Jersey y de Cary Peters.

—No puede ser —dijo Leppo.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Davey, regresando a la llamada.

—Stow-Away está involucrada en el caso de corrupción de Peters en el que Hardwicke y yo hemos estado trabajando. ¿Hay alguna descripción del secuestrador aéreo?

—¿Del piloto? No. Voy a revisarlo.

Odessa estaba en un semáforo en alto. Los limpiaparabrisas funcionaban frenéticamente, creando la ilusión de que el semáforo destellaba.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé —dijo Leppo—. No puede tener relación con nosotros. ¿O sí?

—Peters ha estado deprimido y básicamente apartado del mundo —dijo Odessa—. Ayer salió algo sobre la esposa en los periódicos...

—¿Que estaba pidiendo el divorcio? Era de esperarse.

—Sí —dijo Odessa—. Pero aún así...

Odessa conocía a Leppo lo suficientemente bien como para darse cuenta de que su atención se había volcado completamente hacia Peters.

—¿Pero robar un avión? Eso está completamente fuera de su perfil.

—Había tomado clases de aviación —dijo Odessa—. ¿Recuerdas? Se quedó a nada de obtener su licencia porque sufría ataques de ansiedad. Todo eso estaba en sus antecedentes.

Leppo asintió. No tenía idea de lo que debía hacer. Entonces dijo:

—Mierda, mierda mierda, mierda, mierda.

La voz de Davey regresó:

—Oye, aún no tengo ningún dato sobre el secuestrador.

—Olvida eso, Davey —dijo Leppo—. ¿Cuál es la última posición conocida del avión?

—Noroeste de Newark —dijo—. Sobre Glen Ridge. Es lo último que supe. Oye, Walt, tengo que colgar.

—Está bien —dijo Leppo, y terminó la llamada.

—Se dirige hacia Montclair —dijo Odessa. Todo estaba pasando demasiado rápido—. ¿Crees que...?

Leppo terminó su idea.

—¿Estrellaría un avión contra su propia casa?

—Dentro de poco ya no será su casa. La casa de su esposa —dijo Odessa.

Leppo asintió. Estaba decidido.

—Enciéndelas.

Odessa buscó debajo de la consola central y accionó el interruptor que activaba las luces rojas y azules en la parrilla del Imapala, delante y detrás. Pisó el acelerador y comenzó a zigzaguear entre el tráfico hacia el municipio cercano de Montclair.

La distracción aérea causó múltiples accidentes automovilísticos en las calles. El peor de ellos fue una carambola de siete autos en Garden State Parkway que enmarañó el tráfico que se dirigía hacia el norte en un embotellamiento irremediable.

Después de un breve aumento de altitud sobre East Orange, el avión viró hacia el oeste y volvió a descender debajo del radar. El ala izquierda de la aeronave cortó la copa de un árbol en el parque Nis-huane, pero el piloto niveló el avión y continuó volando. Los espectadores suponían que el piloto buscaba un lugar para aterrizar, o quizá un punto de referencia conocido que usar para orientarse.

Minutos más tarde el avión se perdió completamente de vista.

El primer reporte sobre un accidente aéreo vino del oeste de Orange. La policía y los vehículos de rescate de las zonas aledañas fueron enviados al área, en espera de la localización exacta. Pero después de mucho buscar y de un ir y venir de comunicación por radio, el informe fue desacreditado como falso.

En realidad, el bimotor Beechcraft se había posado en el primer hoyo del segundo circuito del Club de Golf de Montclair: un par 5 cuesta abajo.